

CRONICA

SESION SOLEMNE

Para recibir dignamente a sus nuevos miembros, la Academia Nacional de Medicina celebró el miércoles 28 de marzo, una sesión solemne, según el reglamento lo prescribe. A la hora señalada el Presidente anunció que estaban a sus puertas los nuevos Académicos y designó para que los introdujeran a una comisión que los acompañó hasta el salón de sesiones. Los señores doctores Gustavo Baz, Manuel Madrazo y Salvador Bermúdez fueron recibidos con un nutrido aplauso y pasaron a ocupar sus sillones. Acto continuo, el señor doctor Baz, se levantó y a nombre de sus compañeros pronunció el siguiente discurso:

Discurso pronunciado por el Dr. Gustavo Baz

La Academia Nacional de Medicina, corporación de la mas alta significación con que cuenta la República, abre hoy sus puertas para recibirnos en su seno. Comprenderán ustedes, señores académicos, la profunda emoción con que penetramos en este recinto, donde ocuparemos un sitio al lado de sabios maestros y dilectos amigos.

La ambición de progreso científico, de perfeccionamiento por el trabajo, por el estudio, ha sido nuestra norma, y hoy, coronado con exceso nuestro esfuerzo, nos encontramos en el sitio donde vierten su sabia palabra quienes podrán acercarnos al ideal, a la verdad.

Y henos aquí, orgullosos y humildes. Orgullosos, por el voto con que habeis autorizado nuestra presencia. Humildes, como principiantes deseosos de escuchar vuestra palabra. Orgullosos, por la provisión de energía y entusiasmo. materia prima que venimos a ofrecer. Humildes, porque sabemos cuán poco vale la materia prima, sin el trabajo inteligente y sabio que la transforma.



DR. MANUEL MADRAZO

MIEMBRO NUMERARIO EN LA SECCION
DE FISIOTERAPIA.



DR. SALVADOR BERMUDEZ

MIEMBRO NUMERARIO EN LA SECCION
DE HIGIENE.

Grandes esfuerzos, grandes desengaños traemos en la alforja de nuestra experiencia. Sabemos de fracasos y de éxitos. La vida nos ha dado sus amarguras, pero ningún obstáculo nos ha hecho retroceder. Seguimos en el campo con fé inquebrantable de vencer.

Así llegamos a la Academia Nacional de Medicina. Recorremos la galería con la mirada y encontramos a los Maestros desaparecidos, cada uno de cuyos nombres nos trae a la memoria toda una vida llena de méritos científicos y de virtudes: Montes de Oca, Rodríguez, Carmona y Valle, Lucio, tantos más a quienes sólo conocemos por sus méritos y tantos otros a quienes tuvimos la fortuna de contar entre nuestros maestros: Hidalgo, José Terrés, Díaz Lombardo. A todos ellos, con el fervor de nuestro entusiasmo, ofrecemos nuestro contingente con la esperanza de que nuestra ofrenda sea digna de tan ilustres hombres. Ya creemos ver en ellos el benévolo asentimiento que disculpa nuestra atrevida actitud.

Es tan vieja como la humanidad la necesidad de asociación y en cuanto a la ciencia es tanto más ingente, cuanto más tiempo pasa, ya que en la actualidad y en lo futuro, la vida de un hombre solo, no alcanzaría para abarcar ni una pequeña parte. En cambio, cuando cada uno ofrece y da el fruto de su experiencia y la colaboración se estrecha y se apoya como las piedras de una torre, vemos que la obra crece en altura y solidez y el mundo se acerca y la admira y la utiliza con orgullo. Así, señores académicos, hemos soñado a la Academia Nacional de Medicina los que la hemos visto de lejos, los que sinceramente hemos ambicionado colaborar en ella para formar uno de tantos apoyos ignorados, olvidados pronto, pero íntimamente satisfechos de haber puesto una piedra más en el esfuerzo unido por el bien común.

El señor doctor D. Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la corporación, contestó el discurso del doctor Baz en los siguientes términos:

**Palabras del Dr. don Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo
de la Academia Nacional de Medicina, en la sesión so-
lemne celebrada el día 28 de marzo de 1928. (1)**

Una vez más, señores Académicos y jóvenes estudiantes de la Facultad de Medicina, se abren las puertas de este salón para que por ellas penetre un aire nuevo, para fortificar, si ello fuere necesario, el ambiente de esta Corporación. Una vez más, aun cuando somos pocos en número, nos hemos reunido los antiguos académicos para recibir con los brazos abiertos a los

(1) Versión taquigráfica.

nuevos compañeros que traen en su alforja, como nos decía el señor Doctor Baz, muchos buenos deseos y muchos buenos propósitos; y los recibimos particularmente satisfechos, porque acabáis de oír que han formulado, como sus predecesores, una profesión de fé: han confesado con toda sinceridad lo que traen consigo.

Traen, nos han dicho por medio de su portavoz, ambición de progreso y de perfeccionamiento. ¿No es esto una prueba segura de que su ingreso va a ser muy valioso para nuestra Academia? Porque la ambición bien entendida no es algo censurable ni tampoco una palabra que equivale solo a un simple deseo, como algunos pueden considerarlo, sino que es la cualidad que puede considerarse más como el mejor deseo de progresar siempre, de aspirar constantemente a realizar cosas nuevas.

Traen también consigo en esa alforja de cualidades, dos cosas que de seguro nos han impresionado profundamente: dicen que han llegado «orgullosos y humildes». No es frecuente encontrar estas dos palabras juntas y, sin embargo, al explicar lo que significan estos dos vocablos en la boca de los nuevos académicos, nos damos cuenta de que hicieron muy bien en decirlas. Orgullosos porque van a pertenecer a esta Corporación; orgullosos, diría yo, porque se asocian a la labor de una Casa noble como esta Academia, en la que flota constantemente el recuerdo de hombres beneméritos, que mucho la honraron, cuya memoria sentimos palpitar en los retratos que ornan estos muros y cuyo ejemplo tendremos siempre cerca de nosotros. Humildes, porque *humildemente* traen el fruto de su experiencia y ésta, por breve que sea todavía su vida profesional, es algo muy apreciable con que pueden contribuir al progreso de la Ciencia, al progreso de la Patria y al progreso de la Humanidad.

Nos dicen que traen también muchos desengaños, pero los que nos hemos educado en la biología, sabemos que la vida es una lucha constante; que en las luchas no siempre se triunfa de un modo fácil y que la lucha es más agradable mientras más obstáculos se presentan para triunfar en ella. Si estos desengaños que los nuevos académicos han traído les sirven, como todos esperamos, de poderoso estímulo para seguir venciendo y si sobre ellos irradia esplendorosa la fé que tienen los luchadores sinceros y fuertes, como nuestros nuevos colegas lo son seguramente, se abrirán para esta Academia también nuevos y grandes horizontes, porque la fé en el triunfo y la nobleza del propósito siempre han hecho avanzar a los hombres, por muy fuertes que sean las pruebas, a través de todas las dificultades.

Y de seguro que traen esa fé, que han tomado del ejemplo de los maestros que han mencionado: de los venerados hombres que pusieron la primera piedra de este gran edificio que es la Academia Nacional de Medicina, de aquellos que anteriormente habían construido ya otro edificio, el de la Fa-

cultad de Medicina; de los fundadores de ambas beneméritas instituciones y de los que después de ellas han seguido manteniendo, *devotamente*, el *fuego sagrado* de la ciencia y de la cultura. Por todo ello, los nuevos académicos se han de sentir satisfechos de estar cerca de sus maestros y amigos y nosotros nos sentimos más contentos que ellos, porque vemos llegar nuevas energías, nuevos entusiasmos, con el deseo de que nuestra Corporación no decaiga, sino que viva siempre mejor.

Pero, por qué nos reunimos aquí? Porque el espíritu de asociación es indispensable, porque el esfuerzo individual sería absolutamente inútil si no se uniera al de los demás, porque el esfuerzo común es el que vale, sobre todo cuando se consagra a hacer algo en bien de la ciencia, en bien del país y en bien de todos los hombres. Este esfuerzo personal, es una cooperación que nunca dejamos de necesitar y no valdría nada si no se suma al esfuerzo de todos; además de que la cooperación es tanto más valiosa cuanto más importante es el contingente personal, como tiene que pasar en esta Compañía.

Señores Académicos: ustedes nos traen a la Corporación un contingente de valor especial: uno de ustedes, va a integrar, a fortalecer, mejor dicho, una sección que en la medicina contemporánea tiene un valor muy grande; vais, doctor Madrazo, a darnos las luces de vuestra experiencia y saber en la *fisioterapia*; creéis, como no se creía hace mucho tiempo, que la naturaleza tiene fuerzas bastantes para prevenir y para curar las enfermedades con elementos que están a nuestra disposición y que no habíamos podido utilizar como debiéramos haberlo hecho.

Porque creéis, Doctor Bermúdez, en los beneficios de la *Higiene* venis a traernos luces en este interesantísimo asunto, en el que particularmente vuestra técnica está interesada; la Academia necesita de las luces de los hombres de ciencia, no sólo cuando se trata de curar, sino con el fin de ayudar a la humanidad a precaverse de los padecimientos.

Y, por último, Doctor Baz, vais a traer a la Academia un contingente joven y entusiasta, que va a sumarse a la experiencia y a la ciencia de distinguidos académicos, que han cultivado, como vos, la importante rama de la *terapéutica quirúrgica*.

Sois los tres, jóvenes; traéis a la Academia vuestro entusiasmo y vuestro saber y ella os ha abierto cariñosamente sus puertas, porque en los últimos años ha querido hacerlo así; dejando entrar en ella a los jóvenes que traen consigo nueva experiencia, naturales desengaños, insaciable sed de progreso y una fé inquebrantable.

Mas no podría terminar sin hacer alusión a dos hechos de esta ceremonia, en los que tal vez no todos hemos fijado nuestra atención; tenemos de aquel lado del salón a dos grupos de personas que son interesantes en un

acto como este. De un lado están los venerables familiares de un nuevo académico, que han hecho para él más satisfactoria y más conmovedora esta celebración. Razón teneis, ancianos venerables (1) para sentirnos complacidos de que la obra vuestra, iniciada en los bancos de la escuela primaria, al abrigo de vuestro paternal amor, culmine en este acto en que vuestro joven hijo, por su meritoria labor y su interesante trabajo, venga a sentarse, estimado de todos, entre sus maestros y amigos.

Y también vemos entre nuestra concurrencia a una nutrida representación de los jóvenes estudiantes de medicina. Hacedis bien en venir, y espero que no os desaniméis porque veáis en esta sesión pocos académicos. Las sociedades científicas mexicanas no tienen siempre una vida muy activa porque sus miembros deben consagrar parte de su tiempo a sus actividades profesionales; pero todos creen en lo que ellas significan para el progreso de la cultura y cual más cual menos colaboran para que realicen su función social. Tomad ejemplo de lo que aquí se hace; y no olvidéis que aquí se trabaja silenciosamente porque se cultive siempre, con más intensidad y con más brillo, el ideal de la ciencia y del servicio.

Porque nuestros nuevos colegas, que llegan aquí esta noche, vienen animados de esos propósitos, la Academia Nacional de Medicina, por boca de su Secretario Perpetuo, les da la más entusiasta y cordial bienvenida . . . !

Terminó la sesión solemne con la entrega de los diplomas a los nuevos Académicos, habiendo lamentado la ausencia del señor doctor Darío Fernández, también de reciente elección, quien a última hora se excusó de concurrir.